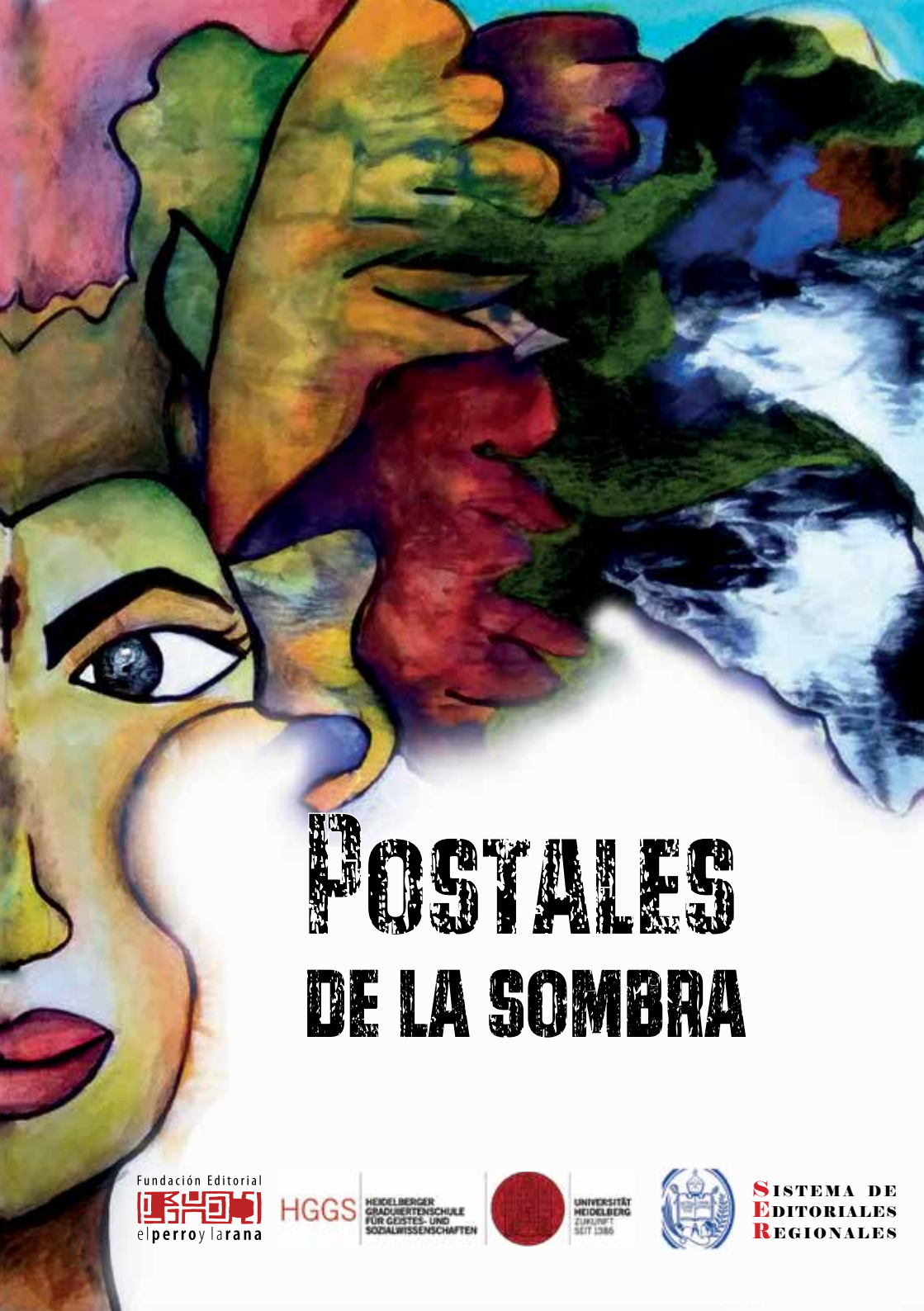




POSTALES DE LA SOMBRA

**Compilación y prólogo
Vanessa A. Márquez Vargas**





POSTALES DE LA SOMBRA

Fundación Editorial



elperroy larana

HGGS

HEIDELBERGER
GRADUIERTENSCHULE
FÜR GEISTES- UND
SOZIALWISSENSCHAFTEN



UNIVERSITÄT
HEIDELBERG
ZUKUNFT
SEIT 1386



SISTEMA DE
EEDITORIALES
RREGIONALES

Vanessa A. Márquez Vargas

© ***Postales de la sombra***

Diagramación general y diseño de portada: YesYKa Quintero

© Imagen de portada “Dama de la sombra”

(Serie rostros. Técnica mixta): YesYKa Quintero

Fundación Editorial el perro y la rana, 2026

Ministerio del Poder Popular para la Cultura

G-20007541-4

Sistema de Editoriales Regionales-SER. Mérida

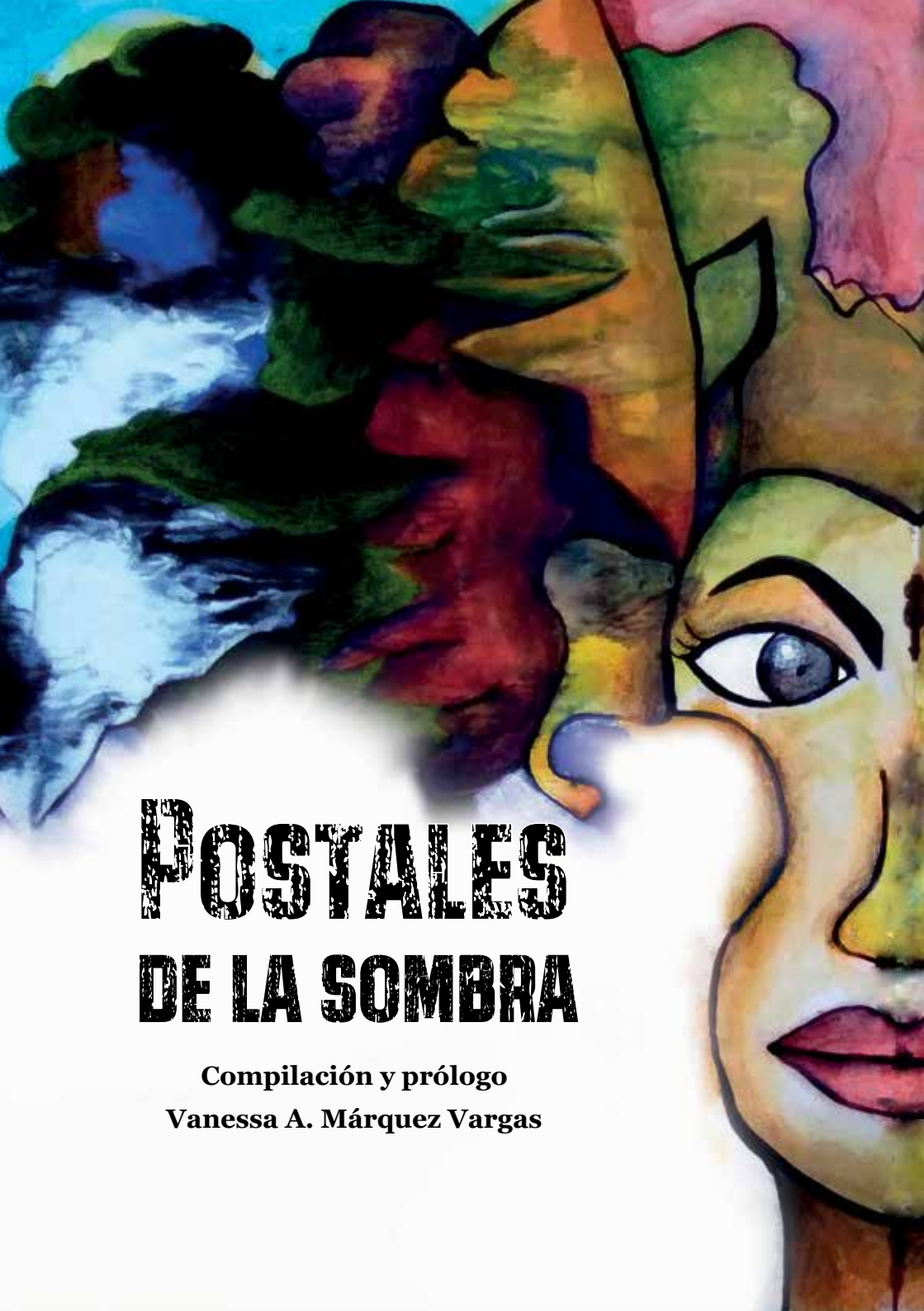
Depósito Legal: DC2026001074

ISBN: 978-980-14-5972-9

Esta obra es producto del taller Postales de la sombra orientado bajo el
Modelo para el desarrollo de talleres de escritura creativa (Márquez, 2026)

No tiene como objetivo ser comercializada.

Cuenta con el apoyo de publicación digital de la
Heidelberger Graduiertenschule für Geistes- und
Sozialwissenschaften (HGGS) Universität Heidelberg
Voßstr. 2, Geb. 4370, 69115 Heidelberg



POSTALES DE LA SOMBRA

**Compilación y prólogo
Vanessa A. Márquez Vargas**

Agradecimiento

Hay libros que no nacen de una sola mano, puesto que son producto del gesto colectivo de quienes se atreven a rayar el papel, como es el caso de este libro de ejercicios producidos en el marco del II Taller de escritura creativa Postales de la sombra, realizado en español con participantes de Europa y Latinoamérica.

La gratitud es aquí un reconocimiento genuino a la valentía de cada participante por echar su palabra al viento sin saber del todo adónde irá. Gracias a cada uno de ellos por confiar en el proceso de escritura creativa como un espacio de libertad, por entregarse a la incertidumbre fértil que todo acto de creación implica y por demostrar que escribir juntos es también una forma de habitarnos y reconocernos mutuamente. Mi gratitud profunda a la Dra. Astrid Wind, coordinadora de la Heidelberg Graduate School of the Humanities and Social Sciences, Universidad de Heidelberg, Alemania, cuyo apoyo fue condición de posibilidad para que este encuentro ocurriera, en su gestión están los cimientos invisibles de este libro. Asimismo, al programa Sur, Sur, Norte en la persona del Prof. Dr. Cástor David Mora. Y a Yessyka Quintero, cuyo talento y generosidad creativa atraviesan estas páginas con la misma naturalidad con que la luz entra por una ventana abierta.

Gracias por dar tanto, y por hacerlo siempre desde el corazón.

Prólogo

Mientras escribo estas líneas de entrada, afuera pasa la vida entre ruidos cotidianos, aleatorios y las urgencias implacables ante la angustia por un desastre natural. Y, sin embargo, detenerse a repasar cada uno de los textos que se produjeron en el taller Postales de la sombra exige un silencio distinto al de la plegaria, por ejemplo. Es el silencio de quien ve en lo escrito algo mucho más profundo que la suma de caracteres sobre una hoja, porque para quien asume el rol de guiar, pensar la idea original, trazar los ejercicios como senderos y, finalmente, sentarse a reflexionar sobre lo escrito, el taller de escritura deja de ser un oficio técnico y se convierte en un acto de compromiso profundo, triplicado, como lo veo; pues es un compromiso con la palabra, con la generosidad de los participantes y con la convicción de que escribir es, ante todo, la posibilidad de comunicar el sentido más esencial de la persona.

De algún modo, estas son las formas de comunicación a las que se refiere Nietzsche en el aforismo 322 de *La gaya ciencia* cuando recurre a la metáfora del universo interior. Nos dice que quienes miran dentro de sí mismos como quien contempla un cosmos inmenso, descubren que llevan vías lácteas enteras por dentro; pero descubren también cuán irregulares son esas galaxias, dándose

cuenta de que conducen directamente al caos y al laberinto de la existencia.

Postales de la sombra fue, precisamente, un espacio propicio, una invitación a mirar dentro de ese propio universo, que ya estaba puesto sobre el tejido de la red en el espacio online. Reunir voces de diversas latitudes del mundo para escribir en español tuvo como objetivo transitar en compañía el laberinto personal para así comprender que escribir desde la sombra y otorgarle un lenguaje a lo que nos mueve directamente desde el fondo no es un ejercicio utilitario per se con el que buscamos satisfacer apetencias intelectuales o consolidar un imaginario ficcional que se traduzca en un género literario preciso, llámese cuento, novela, poesía.

La utilidad, si así se quiere ver, está en la posibilidad real de darle paso a la voz que todos albergamos. Una voz que se lee y luego se (d)escribe, porque todos somos lectores y escritores de nuestro propio tránsito por el mundo, aunque a veces lo hayamos olvidado. No se trata con esto de hacer un ejercicio de autoayuda sino de la configuración de la identidad moldeable que cada persona se hace de acuerdo a sus circunstancias.

Estas páginas son, entonces, el testimonio de un despertar compartido. Son pequeños fragmentos de universos particulares que decidieron hacerse legibles ejercitando la mano que escribe, primero de forma ma-

nuscrita y posteriormente transcritos en ordenadores. A través de estas postales, cada participante asumió el compromiso amoroso de explorar su propio caos para recordarnos que, más allá de los oficios y los títulos, todos tenemos el derecho genuino de ser, clara y profundamente, por escrito.

Escuchando a Benito Taibo en una conferencia reciente en la que explica las razones por las cuales leer es la mejor forma de resistir, recreo en mi mente un comentario suyo sobre una experiencia vivida por Jorge Luis Borges ante una gran audiencia que lo escuchaba. Ante la pregunta capciosa de uno de los participantes sobre para qué servía la poesía, Borges respondió que la poesía tenía la misma razón de ser que un amanecer; es decir, sirve para el deleite, para el reencuentro, para despertar.

Esa respuesta de Borges encierra una poética entera. Si la poesía sirve para el deleite y para despertar, entonces escribir desde la sombra no puede ser nunca una tarea, en el sentido obligado y gris de la palabra. Es, más bien, un ejercicio de libertad, el único territorio donde el ser humano puede desplegarse sin pedir permiso, sin rendir cuentas a nadie, sin presentar credenciales ante el portón de la academia. Durante años hemos confundido la escritura con el dominio de una técnica, como si las palabras fueran únicamente

herramientas que se afilan y se exhiben y no la sustancia que nos compone. *En Postales de la sombra* ocurrió algo distinto: en el taller la escritura se reveló como lo que es en su raíz más honda, un acto soberano. Quien escribe desde la sombra no escribe para agradar ni para demostrar; escribe para ser, y en ese gesto mínimo, la mano que avanza sin levantarse del papel durante diez o veinte minutos, se cifra una de las pocas formas de emancipación que todavía nos quedan.

Porque ser por escrito es, en el fondo, negarse a desaparecer. Es plantar una voz en medio del ruido cotidiano y de las urgencias implacables y decir: aquí estoy, esto también soy yo, esta es la galaxia irregular que llevo dentro. No hay corrección que mejore esa declaración, no hay norma de estilo que la vuelva más verdadera. La libertad de la que hablo no consiste en escribir bien según un canon, sino en escribir desde el lugar exacto donde la persona deja de fingir. Por eso despojé estos ejercicios de toda rigidez. No pedí cuentos perfectos ni poemas pulidos; pedí, apenas, que cada quien se atreviera a mirar el reflejo en el espejo durante un minuto y a escribir desde la perspectiva de su propia sombra, dejándola ser personaje, guía, interlocutora. La consigna nunca fue interpretar, sino describir lo que se ve. Y lo que se ve, cuando uno se atreve de verdad, casi siempre incomoda. Esa incomodidad de lo silenciado

como algo que no esperabas ver, algo que apareció o se hundió en el reflejo, es la materia prima de los textos que a continuación se presentan.

Estos textos no se leen como un manual, ni deben ser asumidos como una evaluación final de un tema; se leen como se contempla la salida del sol, entregándose al puro deleite de presenciar algo que ocurre. Hay una forma de leer que es también un despertar, un reencuentro con uno mismo a través de la voz ajena. Te invito a conectar con esa forma, dejando que cada postal te alcance a su propio ritmo, que las frases encajen en ti como la pieza justa en un rompecabezas. Busca esos instantes en que una sombra que no es la tuya, escrita por alguien que jamás conocerás, dice de pronto algo que creías que solo tú sabías de ti.

Antes de que pases la página, debo confiarte que los textos que vienen a continuación no han sido intervenidos por mí. No los corregí, no los pulí, no los acomodé a ningún gusto. Mi labor fue trazar los senderos en el taller a través de la visualización, los disparadores, la semilla nocturna, la postal final y luego apartarme para que cada voz dijera lo propio. Cada participante escribió en vivo, en el calor de la sesión, con la mano sobre el papel y sin levantar el lápiz y fue cada quien, de manera autónoma, quien después transcribió y reescribió su propio texto en el

ordenador. Lo que llega a tus ojos es, por tanto, palabra viva, libre de esos filtros que tantas veces convierten la escritura espontánea en prosa domesticada. La sombra no se deja peinar. Si estos textos conservan su aspereza, su respiración entrecortada, sus hallazgos torpes y luminosos, es ahí donde reside su autenticidad. Celebro esa palabra sin maquillaje y la defiendo. Creo que en su misma rugosidad está su belleza, igual que en el verso de Utrera la sombra es «inasible, fugaz, sin rumbo fijo, / pero presente siempre y siempre extraña».

Cuando entres en estas páginas, no entres como juez. No vengas a medir si tal imagen está lograda o si tal cierre podría ser mejor. Esa mirada, la del crítico que dictamina desde fuera, no tiene cabida aquí. Te pido, en cambio, que leas estas postales del mismo modo en que se lee una carta que alguien, en algún lugar del mundo, escribió sin saber que tú la recibirías. Porque eso son, al fin y al cabo, mensajes lanzados desde distintas latitudes y que, sin embargo, hablan un idioma común, el de la intimidad que todos compartimos y casi nunca confesamos. Quien lea con el corazón abierto reconocerá, en el caos ajeno, su propio caos; y entonces ocurrirá algo único, pues dejarás de leer a desconocidos y empezarás a leerte a ti.

Esa es la verdadera utilidad de estas postales, si es que insistimos en buscarle una; recordarnos que no estamos solos en el abismo, que otros también descendieron a mirarse y volvieron con algo escrito entre las manos.

¡Ahora sí!
Pasa la página.

VANESSA A. MÁRQUEZ VARGAS

Mérida, 27/06/2026

Postales de la sombra se desarrolló como taller de escritura creativa en español bajo el formato online los días 25 y 26 de marzo de 2026 con el aval de la Universidad de Los Andes, Venezuela y la Heidelberg Graduate School of the Humanities and Social Sciences, Universidad de Heidelberg, Alemania.



Betania Dávila (Colombia)

Venezolana residenciada en Colombia

Magíster en lingüística y Licenciada en Idiomas Modernos, ULA.

Traductora y profesora de idiomas.

Lectora y aprendiz eterna experimentando con la escritura.

1.

Estaba sentada mirando desde su ventana, la calle siempre tenía historias interesantes que contar. Las tardes tenían un olor a humedad que le hacían sentir aquello que otros llamaban hogar. Ella no, pues no sentía aprecio por ese espacio que habitaba. Sentía más bien que siempre estaba a la expectativa, y eso le molestaba.

La verdad era que observar era su única ocupación desde la jaula. En la calle siempre había un hombre sentado. Se sentaba contra la pared verde de la frutería, parecía no tener tampoco a dónde ir. Desde hace algunos años lo observaba.

Lo había visto llorar en sus peas más extremas, desnudarse en desesperación por alguna alucinación, lo había visto pensar y estaba segura que más de una vez, escuchó sus pensamientos.

Desde esa ventana era testigo de cómo la vida de ese hombre se desperdiciaba. La suya también, pero no se permitía pensar en eso. No sabía cómo había llegado allí, no entendía su propósito.

2. ¿QUÉ INCOMODA?

Sé que a veces me pierdo mirando al abismo de la ventana, pero no tengo mucha alternativa. A veces logro ver mi reflejo en aquello que está abajo, pero ninguno

parece mirarme de vuelta. Si supieran que desde mi jaula los observo, quizás me mirarían de vuelta.

No es algo sencillo. Tienen que salir de sí mismos.

Ese hombre, por ejemplo, que está siempre en el piso, sentado esperando que algo pase, así sea la muerte.

Quizás ese pensamiento es el que más parece incomodar, la idea de que es malo esperar la muerte, aunque libere.

No poder decidir por mi destino es lo que me tiene atada a esta vida, a esta jaula. No entiendo qué me mantiene aquí, así como ese hombre no entiende qué lo ata al licor.

Y así, continuaremos el camino, yo observando y él detenido. Ambos detenidos y encerrados.

Yo en mi jaula, y él en el piso.

3. EL SUEÑO DE LA SOMBRA

Estaba nuevamente observando a ese pobre hombre. Pero me di cuenta que esta vez la imagen era menos clara, como si me la estuviera imaginando. También me di cuenta que mi jaula ya no estaba y que era libre de moverme y acercarme.

Mejor aún, era libre de alejarme.

No sé por qué no lo hice. Seguía fascinada por la imagen de aquel borracho en su pared verde. Decidí acercarme y mirarlo fijamente. Esto claramente es un sueño, vuelo y me muevo y me acerco.

En sus ojos veo los míos, pero no siento nada ¿cómo es que no siento nada?

En cambio él sí siente, se nota que empieza a doler su alma, y que sus paredes verdes ya no lo aguantan.

Así, como si supiera quién soy y por qué lo observo, empieza a llorar y pedir perdón.

—¿Qué tengo que perdonarte?

—Yo te he encerrado, me dice. Eras mía y te encerré para no volver a verte, eras mi dolor, mi soledad y mi amargura. Te dejé encerrada y desde ese mismo momento me habitaste y perseguiste. Ahora eres libre.

—¿Lo soy? Este es un sueño, no soy libre realmente, al despertar, seguiremos atrapados y amarrados. Yo seguiré viviendo sin sentir, y tú sintiéndome sin saber cómo liberarte de mí.

4. DIÁLOGO

—¿Quién eres?

—No estoy segura, creí ser un ave, pero me llamaron dolor.

- ¿Quién te llamó dolor?
- Aquel hombre que llora, junto a la pared verde. Dijo que era suya, y que me llamaba dolor.
- ¿Y dueles?
- No lo sé, no siento nada, no sé si duelo o ardo.
- Yo creo que el dolor no arde, el dolor duele. ¿Por qué no le hablas a ese hombre nuevamente?
- Ya lo hice en un sueño y el diálogo no fue muy largo. Pero creo que lo necesitábamos. Él más que yo.
- ¿Cómo puedes tomarte en serio un diálogo que tuviste en un sueño?
- Ha sido la única comunicación que hemos tenido. Ahora que lo pienso, no había tenido más comunicación con más nadie antes de eso. Tú ahora eres mi segunda interlocutora.
- No parece tener sentido que nadie antes hablara contigo, ¿dónde estabas?
- En una jaula.
- ¿Y quién te metió allí?
- El hombre, creo. Me llamó dolor y me encerró.
- Y luego al verte, ¿te reconoció y te liberó?
- Solo en sueños, aún sigo presa. Igual no siento nada.

5. Postal

Sombra dolor,

Jaula junto a la ventana

Hola, sombra

Han pasado varias lunas desde la última vez que hablamos. Cuéntame, ¿aún eres dolor? ¿Qué pasó con ese hombre borracho que te nombró?

Mira sombra, he decidido escribirte después de pensarlo mucho porque quería desearte calma.

Yo sé que no sientes nada, pero el anhelo por sentir, se vuelve en tu propio dolor, sombra.

Deseo que sientas y te des cuenta de que no por tu encierro eres presa, sino por tu negativa a ser libre. Si eres el dolor de alguien más,

no seas el tuyo propio. No te olvido, sombra-dolor, pero no me pesas. Disfruta esta postal del cielo, sin jaulas, ni paredes verdes.



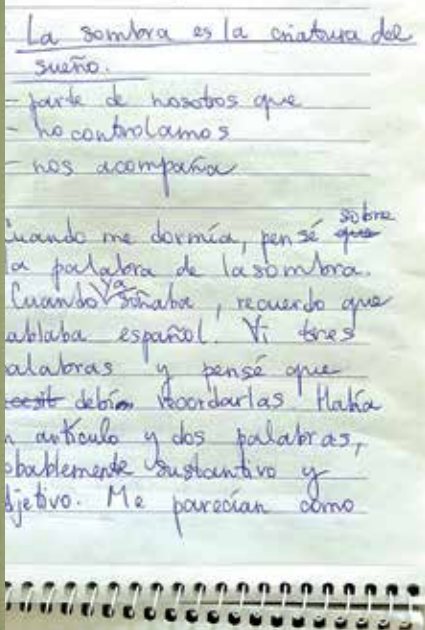


Sombra!

¡Yo para agradecer
reacciones que me
hizo. Aprendí a
misma a confiar
en mí. Recuperé el
control y de mis
en convertirme yo
en una sombra como tú,
a ser más cuidadosa
con mis amigos, pero dejé de
tener miedo de expresarme
ahora es el momento
de ir. Ya no tienes
Te dejo ir. Adiós.

Nadia Bezuevskaja (Alemania)

Nadia Bezuevskaja tiene formación en lingüística y pedagogía y actualmente cursa un doctorado en la Hochschule für Jüdische Studien Heidelberg (HfJS) y Heidelberg Center for Ibero-American Studies (HCIAS), especializándose en literatura judía y latinoamericana. También se dedica a la escritura creativa y ha publicado varios relatos cortos.



LA SOMBRA

ES LA CRIATURA DEL SUEÑO

Me sucedió una historia interesante. Cuando me dormía, pensé sobre la palabra de la sombra. Cuando ya soñaba, recuerdo que hablaba español.

Vi tres palabras y pensé que debí recordarlas. Había un artículo y dos palabras, probablemente sustantivo y adjetivo. Me parecían como un hechizo mágico. También había una versión en latín. Yo pensé que al despertar debería recordar estas palabras y anotarlas. Pero cuando desperté, me las olvidé totalmente. Tal vez mi sombra sea un antiguo y misterioso hechizo mágico que debo desentrañar.

DÍALOGO CON LA SOMBRA

—Eres poderosa, la Sombra. Puedes usar las palabras, decir un hechizo y el mundo se puede cambiar. Solo se necesitan unas palabras. Tú puedes curar o puedes destruir. Tus palabras se pueden aparecer y desaparecer en seguida.

- Sí, yo poseo el poder más antiguo que debe ser respetado. No todo el mundo recuerda esto hoy día. Y empiezan a arrepentirse demasiado tarde.
- Por eso estoy aquí. Quiero que me ayudes a recuperar mi fuerza de usar las palabras con consideración.

Postal a la Sombra

¡Hola, Sombra!

Te escribo para agradecerte por las lecciones que me has enseñado. Aprendí a verme a mí misma a confiar en los demás. Recuperé el poder de mi voz y de mis palabras sin convertirme yo misma en una sombra como tú. Aprendí a ser más cuidadosa al elegir amigos, pero dejé de tener miedo de expresarme con mi voz. Ahora es el momento de despedirnos. Ya no tienes poder sobre mí. Te dejo ir. Adiós.

Tu Hada





Marianela Marín Estrada (Venezuela)

Madre, abogada, tía de más de 30 niños, defensora de derechos humanos y exjuez Penal. Pero, sobre todo, soy una persona feliz de ver a los demás felices, muy sensible y siempre preparándome para crecer espiritualmente.

Soy miembro de CAFH.

El Reencuentro

Bienvenida, sombra, guía en este regreso a mi camino. Gracias por recordarme a la niña que escribía con el alma y que hoy despierta como semilla. No te pierdo; déjame señales para encontrarte siempre en lo profundo. Ahora creces en mí, no me dejes sola en este florecer.

Poema

Hay una niña dentro de mí que todavía se ríe sin motivo. A veces la escucho cuando el mundo se queda en silencio, como si golpeará suavemente desde dentro, recordándome que una vez fui ligera, soñadora, libre. No se ha ido. Solo ha estado esperando a que vuelva a mirarla.



23
respuestas vas bien, y este
dejas de pensar en otros?
es en nosotros, si nosotros
soy tú, en un espejo o en
somos uno, porque a veces
veces no te gusta lo que ves
s, te amas, eres luz por
ne llamas tú, otra cosa no
salvar a todos, controlan a
esta bien, tranquilos, no
que deciste.

escuchar me y por

A. Pernaleté C.

María Pernaleté (Venezuela)

Licenciada en Contaduría Pública.

Poetisa y escritora.

Moderadora del Podcast *Poesía con Amigos*.

Autora del poemario «Letras sin melodía».

Día 1

La mente, Luz, soy
nombre, pero no
eso está bien, veo
espalda, voy siem
sientes esa mir
¿sabes que admi
te detienes aun
aunque no entien
pero sigues, por
oído fue todo e
aunque no lo crea
detrás y tú ves n
pero todo estará
a pesar del paso
nombre tú eres

Eres valiente y
con todo, no te p
nadie, elígete, el
así lo estás hac
de tantas preoc

La mente, Luz, soy lo contrario a mi nombre, pero no por eso estoy mal, eso está bien, veo lo que no ves a tu espalda, voy siempre a tu lado, lo que sientes, esa mirada es verdad, ¿sabes que admiro de ti? Que no te detienes aunque tengas miedo, aunque no entiendes, sigues, caes pero sigues, por eso mi mensaje al oído fue: ¡todo estará bien! porque aunque no lo creas, así será voy detrás y tú ves más horizonte que yo, pero todo estará bien, te admiro a pesar del paso lento, a pesar de mi nombre tú eres la luz de mi reflejo.

Eres valiente y a pesar de todo vas con todo, no te pares por nada ni nadie, elígete, elígete una y otra vez, así lo estás haciendo bien, a pesar de tantas preocupaciones y preguntas sin respuesta vas bien, y si ¿este viernes dejas de pensar en otros? y piensas en nosotros, sí, en nosotros porque

yo soy tú, en un espejo o en sombra somos uno, porque a pesar de que a veces no te gusta lo que ves, te amas, eres luz por eso así me llamaste. Otra cosa, no puedes salvar a todos, controlar todo y eso está bien, tranquila, no tengo más que decirte. Gracias por escucharme y escucharte.

Día 2

Desde mi luz veo como ya no te acompaña el miedo, se acaba el caos, estás acompañada, en ese jardín donde tanto te imaginaste tomar su mano, en este momento te das cuenta que es humano, ya no ves la ilusión, no ves un extraterrestre, ese de hace cuatro años, ves sus errores, ya no estás dispuesta a perdonar uno más, porque entendiste que la culpa es compartida y perdonada cuando hay intención de cambiar, veo en

1
y lo contrario a
por eso estoy mal,
lo que no ves a t
pate a tu lado, lo
cada es verdad,
nita de ti? Que n
que tengas miedo
ides, sigues, caos
eso mi mensaje
staria bien porqu
as, así será voy
lás horizonte que y
bien, te-admiro
2 lento, apesar de m
la luz de mi reflex

apesar de todo vas
mes por nada ni
jete una y otra vez,
iendo bien, a pesar
upaciones²⁹ y pregun

tu rostro la intención de pregunta, hazlo no te quedes con la duda, ¿vienes bajo la misma intención? Él responde no, será diferente pero en su rostro la seguridad no es algo que está latente, es más, está aquí por un golpe de suerte igual que la vez pasada, y recuerda tú no crees en la suerte.

Diálogo

- Luz, ¿qué estás esperando? Elígete, empieza. Es tu día. Pero hazlo todos los días.
- María quiero que todos estén bien.
- ¿Luz y tú?
- María no me quiero sentir responsable de malestares ajenos.
- ¿Luz y tú? Te repito, Elígete... Nadie lo hará por ti.
- Disfruta, olvida a los demás, las angustias ajenas, malestar, el mal rato, suelta el control.
- María solo quiero tranquilidad y alegría y sí, tienes razón, nadie se detiene todos siguen. Voy hacer lo que más me provoque, esa tranquilidad para convertirla en alegría.
- Luz eso espero, disfruta.

(3)

Día 2

Desde mi luz no como ya no te
acompañar el miedo, se acaba el
caos, estas acompañada, en ese
momento donde tanto te imaginas

por donde y nada
en la sue

(4)

crisis

Diálogo

Luz: ¿Qué p.

Elizete en

haz lo todos lo

Marrón: Quieren

Luz: ¿Y tú?

Tas sin respuestas vos bien, y este
viernes te juro de persona en otros?
y piensas en nosotros, si nosotros
porque yo soy tú, en un espacio o en
sombra somos uno, porque a veces
lo que nos a veces no te gusta lo que ves
lo que ves, te amas, eres luz por
eso así me llamas, otra cosa no
puedes salvar a todos, contábolos a
toda y eso está bien, tranquilos, no
tengo más que decirte.

Gracias por escucharme y por
escucharme

Maria A. Peralta C.

Gracias Luz porque desde tu sombra,
desde seguirme y conocerme, me has aterriza-
do y me has mostrado un camino que quizás me
cuesta aceptar, yo espero que esta no sea una
despedida y pueda volver a ti en el futuro.





Camilo Fraga (Uruguay)

Lic en administración comercial. Especialista en finanzas

No fui el error (*Armisticio al fin*)

Parte 1

Nicanor estaba herido. Sangraba por todos lados. Cortes y moretones pintaban su cuerpo de violeta. Algunos parecían recientes; otros tenían la forma vieja de lo que nunca terminó de cerrar. Cuando intentó incorporarse, notó también que podría tener algún hueso roto.

No tenía muy claro por qué ni qué había sucedido. O quizás sí lo sabía, pero hacía tanto tiempo que venía evitando mirarlo que ya no podía distinguir entre un golpe nuevo y una herida antigua.

Lo que sí tenía claro era la rabia que lo estaba invadiendo por encontrarse así. Sentía dolor e incomodidad, con él, con la vida, con el mundo.

Alguien tenía que ser el culpable de que él estuviera atravesando toda esa desgracia. ¿Qué había hecho para merecer algo así? Nadie merece que le hagan eso. Y mucho menos él, que durante tanto tiempo había hecho exactamente lo que se esperaba de él.

Había aprendido a callarse cuando convenía. A sonreír cuando hacía falta. Incluso a esconder la rabia y tragarse el miedo. En fin, a adaptarse y a pertenecer.

Durante años, eso había funcionado. Nicanor había sido útil.

Con toda su rabia y su frustración a cuestas, decidió incorporarse para resolver esto y acabar con todo ese dolor y sufrimiento. Comenzó a limpiarse las heridas. Trató de coserlas, de pegarlas, de taparlas como pudiera. No soportaba verse en ese estado.

Sentía lástima por él mismo, pero al mismo tiempo un gran enojo por haberse puesto en esa situación. Como si sus heridas fueran una vergüenza. Como si el problema fuera estar roto y no todo lo que había tenido que cargar para llegar hasta ahí.

La incomodidad y el dolor eran tan grandes que no le permitían pensar con claridad. Solo quería salir de esa situación. Quería repararse rápido. Borrarse las marcas y dejar de sangrar. Volver a una forma más aceptable de sí mismo.

Pero cuanto más intentaba esconder las heridas, más evidente se volvía algo que hasta entonces no había querido entender.

Nicanor no era el error.

Nicanor no era el defecto.

Nicanor era un conjunto de herramientas viejas. Mecanismos, patrones y reflejos aprendidos. Formas de sobrevivir que alguna vez habían sido necesarias.

Había sido defensa y escudo.

El problema no era que existiera.

El problema era que, cuando esos mecanismos dejaron de servir, nadie se sentó a explicárselo. Nadie lo ayudó a cambiar o lo tomó de la mano para buscar una forma nueva. En lugar de eso, lo enterraron.

Lo llamaron exagerado, oscuro, vergonzoso. Lo culparon por reaccionar como había aprendido a reaccionar. Incluso lo maltrataron por seguir haciendo aquello que durante años le habían pedido que hiciera.

Entonces Nicanor entendió algo que le dolió más que todas sus heridas juntas. No estaba destruido porque hubiera fallado. Estaba destruido porque había sido abandonado después de haber servido.

Y por primera vez, dejó de intentar taparse. Dejó de coserse a las apuradas. Hasta de pelearse con sus marcas.

En ese silencio apareció una presencia conocida. No venía de afuera. Venía de un lugar mucho más cercano.

Parte 2

Yo me encuentro con mi sombra.

O quizás debería decirlo de otra manera: mi sombra me encuentra a mí.

Está frente a mí. Herida, cansada, golpeada. Pero no vencida.

Y me dice:

—Alguien te habló mal de mí. Te dijo que no me vieras, que no me escucharas. Que vergüenza debía darte pensar en mí, en lo que me pasaba, en lo que sentía.

“No vayas a venir con Nicanor otra vez. Es un desastre.”

Era todo lo que escuchabas.

Y vos les hiciste caso.

Años escondido, apretado en un lugar donde apenas se puede vivir. Todo por vergüenza. Todo porque alguien te convenció de que yo era el problema.

Pero yo no fui el problema.

Yo fui la solución que encontramos cuando no había otra.

Fui el que aprendió a callarse cuando hablar podía dejarnos solos. El que sonrió cuando había miedo. ¿te acordás cuanta rabia me tragué para que nos quisieran? ¿Cuán pequeños nos hicimos para que nos aceptaran? Siempre estuve atento al gesto, al tono, al rechazo y a la distancia.

Yo fui el que puso el cuerpo cuando pertenecer dolía.

Durante años luchamos espalda con espalda. Yo hacía mi parte y vos hacías la tuya. Yo cargaba con lo incómodo para que pudiéramos ser cuidados y queridos. Yo me ensuciaba las manos con todo eso que vos no podías mirar.

Y mientras funcioné, me usaste.

Pero cuando dejé de servirte, cuando mis formas empezaron a traerte problemas y mis defensas empezaron a parecer exageradas, no viniste a buscarme.

Me escondiste.

Me trataste como un defecto.

Como si yo hubiera elegido ser así.

Como si no hubiera sido el resultado de todo lo que tuvimos que atravesar.

¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que desapareciera solo porque ahora querías vivir distinto? ¿Que dejara de protegerte de un día para el otro? ¿Que entendiera, sin que nadie me explicara, que la guerra había terminado?

Yo seguí haciendo lo único que sabía hacer.

Protegernos.

Mal, quizás. Tarde, quizás. Con herramientas viejas, sí. Pero protegernos al fin.

Y vos, en lugar de reconocerme, me culpaste.

En lugar de escucharme, me enterraste.

En lugar de ayudarme a transformarme, me dejaste sangrando en la oscuridad.

Pero ojo: esto no es un reclamo ni nada que se le parezca.

No quiero incomodar.

¿O sí?

Tal vez sí.

Tal vez ya incomodé demasiado tiempo desde la oscuridad. Tal vez ya hice demasiado esfuerzo por no molestar. Tal vez ya va siendo hora de una charla honesta, cara a cara.

O más bien, espejo a cara.

Porque yo no vine a pedirte que vuelvas a vivir como antes.

No vine a gobernarte.

No vine a arrastrarte de nuevo a los mismos patrones.

Vine a pedirte algo mucho más difícil.

Que me mires sin rencor.

Que me escuches sin culpa.

Que entiendas que no soy tu enemigo.

Soy la parte de vos que hizo lo que pudo con lo que tenía.

Y si ya no te sirvo como antes, no me entierres.

Ayúdame a cambiar.



Patricia Easton (Alemania)

Psicóloga chilena que vive en Berlín cerca de sus dos hijos. Actualmente es estudiante de postgrado en Educación, en idioma alemán, en la Universidad Técnica de Berlín y se orienta a la investigación sobre el bienestar de las niñas y los niños en el mundo de hoy.

Mi sombra y yo

Me hundo en el agua con el corazón palpitante, lleno de esperanza, por este reencuentro con mi sombra, mi compañera, mi confidente, mi testigo.

Lo que nadie más sabe de mí, lo conoce mi sombra. Ella me acompaña en todo: en las buenas y en las malas.

Jamás la he reconocido, nunca le he dicho lo importante que es para mí. Ella, mi sombra, me ha salvado en unas cuantas situaciones, en las que -mágicamente- he podido resolver o que se han resuelto sin darme cuenta, sin yo saber.

Esa sombra mía, despreciada por mí, siempre ha estado ahí a mi lado y sólo ahora lo veo. Sólo en este preciso momento reconozco su presencia y permanente compañía.

Pienso que, sin ella como testigo y guardadora de historias, de mis historias, quizás yo no existiría. O al menos, no tendría pasado o, tal vez, mi pasado estaría olvidado o estaría inconexo o sin sentido. Mi ser no tendría continuidad, sería un barco a la deriva, el que, en algún momento, desaparecería en la profundidad del agua. Ella, mi sombra, guarda la memoria de quien soy yo.

Veó en el espejo del agua una imagen seria, quizás grave. Podría verse tranquila, pero parece más bien

preocupada, quizá temerosa. ¿A qué le teme?, me pregunto. No tengo respuesta, no lo sé. ¿Será a eso que le teme? ¡A no saber! A no saber lo que viene, a no entender lo que fue, ni cómo fue.

¿Y qué sabes de lo que está pasando ahora?

¡No tienes idea adónde te puede llevar! ¡Dónde te va a llevar!

Temerosa te entregas a la experiencia, a lo que sea, a lo que venga. No tienes confianza, no conectas con lo bello, sólo temes lo peor. ¿Por qué?

Me sorprende. Me disgusta. Me apena verte así, insegura, confundida. No eres la que yo esperaba. Me has defraudado.

Verdaderamente, quisiera ayudarte, no sé por qué. No siento que sea por amor. ¿Será quizás por orgullo? Entonces, para qué, no vale la pena.

Esta noche quiero soñar con ella.

Y así fue.

Anoche me sentí empujada por mi sombra. La sentí molesta conmigo. Exigente, me apuraba a ordenar mis cosas. ¡Tienes que estar lista para viajar en cualquier momento!, me decía. Todo estaba revuelto a mí alrededor.

Sentí un gran remolino girando muy rápido sobre mí, en el interior de mi casa. No podía distinguir cuadernos, lápices, libros, archivadores, pantalones, vestidos, camisetas, zapatillas. Todo daba vueltas como en una juguera y yo no sabía por dónde empezar. ¿Qué ordenar? ¿Cómo clasificar? Logré armar varias maletas, sin tener idea de lo que había guardado. Entre mi equipaje había también una cajita chica donde estaban mis joyas, eran las pequeñas piezas que suelo usar.

Al despertar, mi sombra me dijo: ¡Cuida el oro!

¡Cuida el oro!, me dijo con vehemencia.

Me sorprendió. No sé a qué se refería. En ese momento me encontraba empacando mis pertenencias como ella me había indicado en el sueño. Libros, apuntes, archivadores, ropa, zapatos... todo lo que tengo y justo tenía en mi mano esa cajita pequeña con algunas joyitas que no siempre uso: aritos, anillos, cadenas.

Quedé pensativa... ¿A qué se refería mi sombra? ¡No creo que sea a esta cajita!

Quizás me quería decir algo más. Tal vez me estaba hablando de mí. Si, de mi mundo interior. Me sentí transformada, algo profundo se me reveló...



Oriana Reyes (Venezuela)

Mérida, 1998. Profesora de la Escuela de Letras de la Universidad de Los Andes, pertenece al Instituto de Investigaciones Literarias "Gonzalo Picón Febres" de la misma universidad. Obtuvo el segundo lugar en el 6to Concurso Nacional de Poesía Joven Rafael Cadenas.

Compañía

Ella, la Ella, sonrío, como si supiera y eso le diera gracia. Ella parece que sabe y me oculta. ¿O no? Ella sabe y hay cierta arrogancia en su saber. Y calma. La arrogancia. Ella, la Ella, no la padece. La arrogancia la padezco yo. Ella, la Ella, sabe. ¿A qué sabe? Sabe a temperatura, se sabe fría, levemente fría, como su risa. Ella siempre está y se cree bien recibida. Es bien recibida. No se inhibe. Es como el pozo que la sostiene, que la puso, que la llevó a la superficie para que yo la viera. Es clara, fría, líquida. Incomoda, de alguna manera me incomoda. Porque su estado es sereno. Serena Ella. Y yo quiero moverla, templanarla, saltarle encima, perturbarla de la superficie al fondo. Pero ella: serena. Sonríe. ¿De mí? De nadie.

La tranquilidad. ¿Por qué habría de incomodar la tranquilidad? Por qué me da rabia ese rostro sereno. La Ella Serena. La Ella que sabe. ¿Me incomoda que sepa? Me incomoda que sabe exactamente lo mismo que yo. Pero está serena. Huevo sin sal. Frígida. Aburrida, boba, tranquilidad boba. Inmutable. Es capaz de sonreír por nada. De encontrar comodidad en el tedio. De estarse. Liviana, ligera. No pesa, no pesa a nadie, se sostiene en su agua. Sí se mueve, quién dijo que no, pero como sin quererlo, sin forzarse, sin buscarlo. Es inevitable Ella. Su serenidad la mueve. No está contenida. Ni se

derrama. Fluye. Qué molesta esa palabra. Fluye. Corre ligera en su ser líquido y no puedo contenerla. Es un resto líquido que arrastra. Sin proponerse. Su cauce es su paso. Suena apenas. No es ruido. No grita. Pálida, fría, inexpresiva. No. Transparente, fresca, calma. Dándose en el trayecto. Sabe Ella, la Ella, que seguir es su trayecto. Sin resistencia. Acepta y avanza. Sabe lo inevitable y no lo padece. Es de agua su salud. Lava su salud. Baña.

Esta noche quiero soñar con un momento pleno en el que sonrío, sin expectativas de nadie, por nada.

—¿Cansa la compañía? Le pregunto capciosa, porque pienso que sí, en efecto, cansa.

—Puede que canse, que mortifique, pero es uno quien pone ese acento, esa fatiga. La estancia junto al otro no tiene por qué comprometer. Plantarse en uno mismo, servido al otro.

—No quiero servir.

—No hay que querer. Se ocupa un lugar queriendo o no, entre otros.

—A veces quisiera ocupar una isla.

—Incluso en la isla, tu propio lugar abarcará compañía, yo, tu sombra.

Ella, la ella, ~~parece~~, como si
suplica y no le da gracia. Ella
parece que sabe y ~~no~~^{me} entra. 20.
Ella sabe y hay vista arrogancia
en su ~~sabor~~. Y calma, la arrogancia

A Ella



La Sombra

Hoy dejo que la timidez se hunda despacio, y que el temor caiga como una piedra en el agua.

Cae con una fuerza que no puedo medir y una resistencia que se pega junto a mí, como una sombra que a todos lados me persigue.

En la superficie algo nuevo respira. Un ser determinado, que se mueve con decisión y ruge sin miedo.

Es mi valentía, donde la duda no existe y la indecisión se esconde.

No soy nueva.

Mi cara es familiar. Mi mirada penetrante genera una incomodidad aducible y de un carácter audaz.

Mi color rojito me hace visible, para que no puedas olvidarme.

No pido permiso, hago lo que mi corazón me dice, floto, a pesar de que hundirme sea más fácil.

Soy un reflejo de la fuerza. Ojo, no significa que no sienta dolor o sea invencible, no soy un escudo, pero me levanto y persisto, aunque la corriente esté en contra.

Soy lo que quiere salir, lo que muchos creen no tener, pero estoy aquí. No me escondo. Mírame, escúchame y confía en mí.

He estado junto a ti. En cada palabra que les dibujamos preferiste tragar. Cada mirada que decidiste evitar y cada miedo que deja la discontinuidad.

Relato sin título

Sigo el camino pensado, que fue planeado como si estuviera escrito en piedra. Estoy yo en soledad, pero con gente que me rodea. Extraño, muy extraño, todo es extraño....

Un sonido en blanco en el que los latidos de mi corazón protagonizan una orquesta. ¿Es este el camino? me preguntó la sombra, poniendo en duda cada plan que pasaba por mi cabeza.

El corazón torcido, un nudo en la garganta y sudando en frío.

Lágrimas que llenan un mar de sentimientos confundidos. Mirando por la ventana, veo las nubes, el ala del avión tocando el cielo y desapareciendo en el infinito espacio. Como aquellas estrellas fugaces que se llevan un deseo. Mi sombra me guía hacia un lugar desconocido. Todo es nuevo, pero es un lugar que pronto sentiré mío. Al menos eso espero.

Un dolor hundido... Una pérdida eterna. Con mi mirada en el vacío y los puños cerrados con fuerza como si mis recuerdos dependieran de ello. Me despido de todo aquello, que un día fue mío para comenzar con mi nuevo camino.

«De Jenny para la sombra»

Querida sombra,

Te escribo

Eres aquel ser que se atreve a sentir incluso cuando duele

El lugar donde mi fuerza nace

Gracias por tu guía y por empujarme a mirar de frente.

Gracias por sacar el rugido en mí y recordarme que ser valiente no es no sentir miedo, sino avanzar con él.

Caminemos juntas a lo desconocido.

Con mucho amor, Jenny.





Nora Serling (Alemania)

Nació en Galicia y vive en Heidelberg. Traductora de profesión, presta su voz a otros durante el día y escribe, por la noche, para encontrarse con la suya. Se refugia bajo un seudónimo porque concibe la literatura como un confesionario: un espacio en penumbra donde se comparten verdades sin cruzarse las miradas.

I

No eres mejor que nadie, me dice. Primero me lo susurra, después me lo grita. Como una chirriante escala musical de reproches, la sombra comienza su retahíla. Su voz me es extrañamente familiar, y al cabo de un rato la reconozco. Es la misma que me visita de vez en cuando a las dos de la mañana. Me recuerda, entre otras cosas, el primer corazón que rompí allá a finales de los años 90, cuando me reí de aquel niño tan peculiar que, con toda la ilusión del mundo, quería regalarme un corazón de papel. Él llevaba una ridícula coleta teñida de rubio cobrizo y, a sus once años, todavía creía en los Reyes Magos. Llevaba el pelo así para gustarte a ti, me revela la sombra. Ahora preferirías ser tú quien todavía creyese en algo, continúa, pero solo te queda ir a misa y sentir que no encajas. Ni allí ni en ningún otro sitio.

La sombra me hace llorar. Me abraza entonces con sus manos frías, y me recuerda la primera vez que me rompieron el corazón a mí, cuando aquel adolescente rechazó mis torpes avances. No eres mejor que nadie, insiste. Pero peor tampoco, dice, mientras me besa en la frente y coloca entre mis manos un arrugado corazón de papel.

II

La sombra me mira fijamente. Me pregunto, antes que nada, si lo que pretende es estudiar mi alma. Me doy cuenta entonces de que, en realidad, lo que busca es verse a sí misma reflejada en los cristales de mis gafas. Procedo, sin más, a hacer lo mismo. La imagen que se genera en los vidrios se convierte en un bucle infinito. La veo a ella, y me veo de nuevo en ella. Ya no sé si soy yo o la sombra. Soy yo. ¿Pero quién soy yo, entonces? No sé dar respuesta. Mi lado analítico me pide ver de qué estoy hecha. La imagen que me llega me transmite que el material que solidifica mi presencia no es otro que la suma de todos los momentos en los que sentí que me rompía. ¿Estoy rota, pues, o solo soy un mosaico de rupturas? Me marea este laberinto de identidades. Me siento cada vez más oscura, mientras el ente frente a mí se ve cada vez más claro. Debo ser yo la sombra, y como tal me asombro al descubrir que me puedo doblar, formando ángulos extraños y antinaturales. Es entonces cuando mi yo de enfrente comienza a manosearme a su antojo. Siento que me va a romper. Sin embargo, al final del proceso sigo entera. Hecha un origami de mí misma, ahora me percibo como una frágil e imponente garza, que surca los aires dejando atrás su distorsionado reflejo en el agua.

III

Esta noche quiero soñar con lo que sentí al verlo por primera vez; con la electricidad chispeante del primer contacto de nuestras manos. Quisiera un sueño erráticamente erótico, salvajemente manso, una llama del pasado que avive la cálida hoguera de hoy. Y quiero después despertar para verlo materializado a mi lado, mi amor doméstico y silvestre, tan libre y ronroneante como un gato.

IV

Esta noche, como antaño, vuelvo a visitarte. Sintiéndome una especie de Romeo de la oscuridad, salgo al encuentro de mi adormecida Julieta. Sin embargo, no es el reino de los sueños el lugar donde al fin podré tocarte, pues allí te protegen los brazos de Morfeo. Nuestro punto de encuentro es ese difuminado umbral entre la vigilia y el sueño, ese lugar sin ley donde nadie, salvo yo, puede alcanzarte. Te veo abrir los ojos, más blancos que azules al observarme de pie junto al perchero. Ojalá pudiese cambiar tu forma de mirarme y que, en lugar de verme como una amenazadora silueta negra, vieses en mí a tu fiel pretendiente de madrugada, al que nunca le ha importado verte despeinada. Me acerco al fin a tu

cama, nuestra cama, y tu respiración entrecortada me hace saber que intentas gritar en vano. Sientes que tus labios han desaparecido, pero aquí estoy yo para prestarte los míos. Me siento sobre ti y, dejando que sientas mi peso sobre tu pecho, coloco suavemente mis dedos sobre tu paralizado cuello. Te estremeces al sentir mis manos como dos arañas negras que tratan de sofocarte. Nada más lejos de la realidad. Tan solo soy un súcubo inocente e impaciente que se muere por sentirte cerca, condenado eternamente al amor no correspondido. Déjame, pues, apretar cinco minutos más tu dulce garganta antes de perderte, una vez más, cuando llegue la mañana.

En 2006 ganó el Primer Premio de Poesía en el XVIII Concurso de Cuento, Ensayo y Poesía, DAES, Universidad de Los Andes, con el poemario *Vértigo y Escepticismo*. Ha participado en diversos congresos, foros, seminarios y talleres literarios a nivel nacional e internacional. Su pasión por las letras la ha llevado a publicar ensayos, reseñas y revisiones críticas sobre la obra de autores venezolanos y latinoamericanos en diferentes revistas de carácter cultural y académico. Ha publicado una selección poética en la *III Antología de Poesía Entre Eros y Tánatos* (2006) de la Asociación de Escritores del Estado Mérida, el poemario *Memorias de Oscuridad* (2018), *Carta para mi Abella*, versión digital (2020), y *Solo en la Encrucijada soy un Centro* (compiladora), en la Colección Héctor Bello “Libro Taller”, versión digital (2020), Voces en el umbral: encuentros de escritura creativa como editora junto a Camilo Cuervo en la HGGs, Universidad de Heidelberg, Alemania. Vanessa Márquez Vargas hace parte de las escritoras venezolanas publicadas en el Tomo I *Hacedoras: mil Voces Femeninas por la Literatura Venezolana*, versión digital (2021) y en la Antología *El sueño del tiempo. Poesía venezolana actual Volumen II*, Puerto Rico/Venezuela, 2026.

vamv@ula.ve

ORCID 0000-0002-6688-6778

@magacademica

Índice

Agradecimiento	7
Prólogo	9
Betania Dávila (Colombia)	16
Nadia Bezuevskaia (Alemania)	22
Marianela Marín Estrada (Venezuela)	25
María Pernaletе (Venezuela)	27
Camilo Fraga (Uruguay)	32
Patricia Easton (Alemania)	40
Oriana Reyes (Venezuela)	44
Jennifer Shania Schröder Nicasso (Alemania)	48
Nora Serling (Alemania)	52
Vanessa Alejandra Márquez Vargas	57



Versión digital
Sistema de Editoriales Regionales
Fundación Editorial el perro y la rana | Venezuela
Heidelberg | Alemania
Julio de 2026



La sombra temeraria

Esta sombra nos sigue, de puntillas;
se oculta en todas nuestras horas claras;
y así mismo se infiltra en nuestras voces
con leves ademanes de fantasmas.
La entrevemos, siguiendo nuestros pasos,
y trepando por todas las palabras;
inasible, fugaz, sin rumbo fijo,
pero presente siempre y siempre extraña.
Guardemos ya nuestras mejores voces.
Deshilando las hebras de este sueño,
esperemos la luz de la mañana.
Cuando el día retorne con sus sonos,
en el diálogo puro –lumbre y sueño–
se rasgará la sombra temeraria.

MIGUEL RAMÓN UTRERA

ISBN: 978-980-14-5972-9

